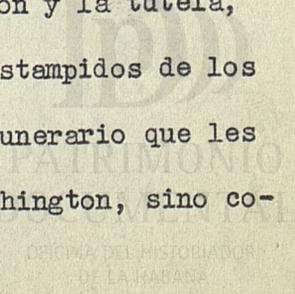


WASHINGTON Y GOMEZ

Hoy, 22 de febrero, conmemoran los americanos el nacimiento de Jorge Washington, el primero en la paz, en la guerra y en el corazón de sus conciudadanos. Por primera vez también en su historia consagran esa conmovedora efeméride en territorios ajenos ocupados militarmente por sus soldados republicanos que, contradiciendo el glorioso fin de su instituto, limitado a la guarda de la democracia doméstica, deslustran el brillo de las estrellas nacionales, sojuzgando, en guerra ignominiosa de conquista, a remoto y bravo pueblo celoso de su libertad e independencia, detentando, por gaje de guerra internacional, isla resignada y sin ventura, y sometiendo a tutela incómoda a isla tres veces heroica que, altiva en su derecho y fuerte en su voluntad, no se desliga de su antigua metrópoli para enlazarse a otra obediencia que no sea la de su propia soberanía.

Las armas que ufanamente atronarán el espacio en el día de hoy, bajo el sol ardiente que caldea la tierra filipina, la portorriqueña y la cubana, anunciarán a los antiguos colonos españoles de Oriente y de Occidente la noble alegría conque la ilustre democracia del mundo recuerda, entre la ternura y el orgullo del patriotismo que dictó la Declaración de Independencia de las trece históricas colonias, y la manumisión de los esclavos negros, al más grande y puro de los americanos, al fundador de su nacionalidad, al intérprete más honrado de su democracia; pero como esas salvas no se hacen, y ese júbilo no estalla, y esas conmemoraciones no se realizan en los tres pueblos melancólicos para honrar la sacra memoria de Washington ofreciéndoles, en su nombre, las actas de su independencia, sino respectivamente la conquista, la anexión y la tutela, filipinos, portorriqueños y cubanos escucharán absortos los estampidos de los cañones y las descargas de los fusiles con el son trágico y funerario que les anuncia, no la consagración de la grandeza republicana de Washington, sino co-



mo la ejecución extraña, si vale la frase, de la memoria de aquel inmortal representante de la democracia. ¡Terrible sarcasmo de la política el de conmemorar el recuerdo del fundador de la nación más libre del mundo, adalid y apóstol de la independencia nacional, en momentos en que brutalmente se arrebató ó arteramente se coarta la independencia nacional de tres pueblos!

Apercíbese la Habana, unida con el Oriente legendario, con el Centro indomable y con el Occidente ya despertado y redimido, a recibir, de júbilo y de orgullo palpitante, al primero de los libertadores de Cuba, grande en la guerra y en la paz acaso más grande, al hombre extraordinario, de estirpe boliviana por su genio en la pelea; de complexión juarista, por la obstinación sublime de su alma en afirmar la independencia de la Patria contra todo yugo y toda tutela, de ánimo tan generoso como el de Garibaldi, por sus empresas de redimir pueblos en que no vió la luz, aunque esos pueblos le aclaman como a uno de los más grandes de sus hijos. Y llega el caudillo consagrado por el veredicto de Cuba en los precisos instantes en que aún repercuten las vítores del ejército americano a Jorge Washington, sin que resuenen en el espacio las voces regocijadas que proclamen el cumplimiento de la independencia de Cuba.

Pero si el gran americano no cedió nunca en su empeño de conseguir, en lo heroico por la guerra, y en lo cívico por la perseverancia, la redención definitiva de su patria, alentado por la justicia, fortalecido por el carácter y puesto en la cima de la victoria por el esfuerzo poderoso del deber, el caudillo de la Revolución Cubana, ayer guerrero portentoso, hoy estadista previsora y siempre como Washington, puro y desinteresado, tampoco cederá en su grandioso propósito de llevar a nuestro pueblo por la vía libre y ancha del derecho, al término de su emancipación definitiva.

No, no podrían los americanos que con nosotros reciben y festejan a nuestro invicto caudillo, darla la bienvenida con ánimo de faltar al sagrado compromiso

de su deber y de su honor en la hora misma en que bendicen la memoria del inmortal soldado y compatriota que proclamó, con la del suyo la independencia de los pueblos y cuyos manes acaso se estremecerán, sorprendidos, ante el afán desapoderado de conquista que prevalece hoy en su patria y que anubla "con niebla de deshonor" las luminosas estrellas de su cielo.

La Discusión, La Habana, febrero 22, 1899.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA